



CRÓNICA DE CÓRDOBA Y SUS PUEBLOS VI

ASOCIACIÓN PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES
DIPUTACIÓN DE CÓRDOBA

Córdoba, 2001

**CRÓNICA DE CÓRDOBA
Y SUS PUEBLOS
VI**

COORDINADOR DE LA OBRA: JOAQUÍN CRIADO COSTA

ASOCIACIÓN PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE CÓRDOBA
Córdoba, 2000

Imprime:

Imprenta Provincial
Avda. del Mediterráneo, s/n.
14011 CÓRDOBA

I.S.B.N.: 84-8154-432-9

Dep. Legal: CO-222-01

CÓRDOBA EN LOS EPIGRAMAS I, 61 Y IX, 61 DEL BILBILITANO MARCIAL

Joaquín CRIADO COSTA

En el año 4 a. de J.C. nació en Córdoba, en plena Bética, Lucio Anneo Séneca, hijo del escritor y comerciante hispanorromano Marco Anneo Séneca y de Helvia Albina, quienes muy pronto lo enviaron a Roma, donde el padre había estudiado en las escuelas de declamación.

Séneca hijo también estudió en Roma y llegó a ser cuestor, senador y cónsul, distinguiéndose como el mayor filósofo y el hombre de más valor de su época. Su elocuencia en el Senado le valió honores, fama y peligros durante el reinado de Calígula, disfrutando de una situación envidiable hasta el año 41, cuando la caída de la bella princesa Julia Livilla, hermana de Calígula y acusada por la celosa Mesalina, arrastró consigo a Séneca, por supuesta complicidad con Julia.

Desterrado en la áspera soledad de la isla de Córcega hasta el 49, transcurridos ocho años de confinamiento y por intercesión de Agripina, la nueva emperatriz, pudo volver a Roma como preceptor del joven Nerón, adoptado por Claudio y nombrado sucesor suyo al trono imperial.

En octubre del año 54 este emperador moría envenenado por Agripina, según la general opinión, y Nerón pasaba a desempeñar un poder que las artes maternas habían arrebatado a Británico, el único hijo de Claudio.

Por cierto que durante la extraordinaria pompa y las honras excepcionales que acompañaron a las exequias y a la deificación de Claudio, promovidas y abultadas expresamente por Agripina, Séneca compuso una durísima sátira, publicada probablemente de manera inmediata a la ceremonia, cuyo título manuscrito era “Ludus de morte Claudii” o “Divi Claudii Apotheosis per satyram”, aunque Dion Cassio la tituló después “Apocolocyntosis”, o sea “asunción entre las calabazas”.

Tras la muerte de Claudio, Séneca fue el más autorizado consejero de Nerón y, aun sin llegar al desempeño de cargos públicos, fue el auténtico regulador de la política imperial. A lo largo de unos siete años, muchos actos del principado neroniano revelan manifiestamente la noble y benéfica influencia de este cordobés dotado de un extraordinario talento.

Sin embargo, los propósitos de Séneca referentes al establecimiento de la li-

bertad política y de la justicia social en el gobierno del Imperio se enfrentaban al Senado, al que paradójicamente pretendía restituir en parte la antigua autoridad. Por entonces Nerón comenzaba a manifestar abiertamente su torpe y desalmado carácter. El año 62, Burro, prefecto del pretorio y amigo y valioso colaborador de Séneca, fallecía posiblemente envenenado; y poco después el preceptor de Nerón, odiado por el discípulo, que tenía por entonces otro consejero muy distinto llamado Sofonio Tigelino, se entregaba al estudio en una vida casi completamente privada.

En el año 65 fue descubierta una vasta conjura contra el emperador, dirigida por el gran senador Calpurnio Pisón, en la que figuraban elevados personajes civiles y militares, entre ellos oficiales de la misma guardia pretoriana. Aunque se desconocen los cargos concretos contra él, Séneca fue acusado de complicidad y Nerón aprovechó alegre e inmediatamente la ocasión que se le presentaba para librarse de su anciano y ya odioso consejero. Recibida la orden de suicidio, el filósofo se abrió las venas en el baño, demostrando en su último día saber enfrentarse con la muerte que durante la vida había afirmado siempre aguardar con serenidad¹.

Un sobrino de Séneca, Marco Anneo Lucano, hijo de Marco Anneo Mela y de Acilia -hija ésta del orador y escritor Acilio Lucano-, nació en Córdoba en el año 39 de nuestra era. El padre de Marco Anneo Lucano, procurador del fisco imperial, se estableció en Roma, donde ya se hallaban su madre, Hevia Albina, y su hermano el *Filósofo*, envuelto éste en honores y en la fama, pero que no tardaría en caer bajo el odio de Mesalina y la condena de Claudio.

Todavía “*teneris annis*” compuso Lucano unos poemas sobre temas mitológicos y, según la costumbre, marchó a Atenas con el fin de perfeccionar sus estudios. De allí lo mandó llamar Nerón, para incluirlo en el grupo de sus amigos íntimos, relación que fue viva e intensa pero de escasa duración.

Transcurría ya entonces el período tenebroso del reinado neroniano: concretamente el año del matricidio (el 59), preludio del no lejano declive de Séneca (el 62). La fama poética de Lucano había comenzado a resonar clamorosamente y en los certámenes públicos de elocuencia y poesía, en los juegos quinquenales instituidos el año 60 por Nerón, el cordobés Lucano fue coronado por el propio emperador tras haber recitado un poema en su honor en el teatro de Pompeyo.

Pero no hay que olvidar que era la época de las solemnes y escandalosas exhibiciones del emperador en la escena pública en calidad de citarista y poeta. Y por eso el joven literato, ya célebre y además sobrino de Séneca -ahora triste y molesto regulador del Imperio-, no podía ser santo de la devoción del soberano auriga, loco, histrión, cantor y asesino.

Cierto día, en el curso de una lectura pública de Lucano, se levantó Nerón bruscamente y se alejó con el pretexto de una reunión senatorial. Este hecho re-

¹ Biografía de Lucio Anneo Séneca, en el tomo III del *Diccionario de autores de todos los tiempos y de todos los países*, de González Porto-Bompiani, Barcelona, Montaner y Simón, S.A., 1973, págs. 559-561.

presentó una afrenta inolvidable para el poeta, quien ya no se abstuvo de manifestar bien a las claras su despecho y su resentimiento.

Forzado por los celos del emperador a renunciar a las exhibiciones ante el público, se dedicó entonces a componer, alentado por amigos y familiares, el gran poema que habría de constituir una venganza personal y una protesta espiritual: la reivindicación del derecho frente a la violencia.

Cuando en el año 62 empezó a urdirse la conjuración pisoniana que había de arrollar en su ruina lo mejor de los ciudadanos y literatos contemporáneos, Lucano figuró entre los conspiradores y llevó a la conjura la llama viva del odio. No aclarado suficientemente si el cordobés acusó a su propia madre, Acilia, y admitiendo la posibilidad de la malévola intervención del emperador en tal sentido con el fin de aparecer como magnánimo al no perseguir a Acilia, el 30 de abril del año 65 Nerón ordenó a Lucano que se suicidara. El poeta eligió el método practicado entonces como el más suave tránsito a la otra vida y se abrió las venas. Según Tácito, fríos ya sus miembros a causa de la abundante hemorragia, pero intacta la lucidez de la inteligencia, el moribundo comenzó a recitar algunos de sus versos que describían la muerte de un soldado.

La obra más importante y conocida de Lucano, titulada en los manuscritos *Bellum civile* y más comúnmente *Farsalia*, es un largo poema en diez libros, inacabado por razón de su trágica muerte, que tiene por argumento la guerra civil entre César y Pompeyo, refiriendo en el libro octavo la batalla de Farsalia y la muerte de este último, de cuya parte había estado la Córdoba de la Bética.²

Marco Valerio Marcial nació en Bilbilis, cerca de la actual Calatayud, hacia el año 40 d. J.C. En el 64 se trasladó a Roma para terminar sus estudios jurídicos. Allí trabó amistad con sus compatriotas Séneca y Lucano, quienes lo introdujeron en la sociedad romana y en los ambientes intelectuales y literarios.

Pero con la muerte de los dos cordobeses, tío y sobrino, tras descubrirse la llamada conjuración de los Pisones, la colonia hispana quedó abandonada a su suerte, huérfana de influencias. Marcial, como integrante de la misma y sin protectores ya, llevó una vida de parásito y adulator, casi siempre al borde de la miseria. Conoció la amarga vida de cliente y de sus nuevos y ricos mecenas obtuvo escasas ayudas a cambio de elogios y adulaciones. Una modesta casa en el Quirinal y una pequeña propiedad en Nomentum no aliviaron las estrecheces del poeta.

Esta vida penosa y oscura se prolongó hasta el año 80, año en el que dedicó a Tito, que inauguró el anfiteatro de los Flavios (el Coliseo), el *Liber de spectaculis* o *Los espectáculos*, uno de los quince libros que integran el conjunto de los *Epigramas* o *Epigrammata*.

El emperador, agradecido, le concedió el “*ius trium liberorum*” y otros títulos honoríficos, privilegios que, no obstante, no habían de enriquecerlo, aunque sí le sirvieron para alcanzar la amistad de Silio Itálico, Plinio el Joven y de otras no menos influyentes personalidades.

² Biografía de Marco Anneo Lucano, en el tomo II, *ib.*, págs. 684-686.

Bajo Domiciano, que lo protegió, publicó once libros de epigramas, casi toda su obra, y, como requería su condición, no dejó de adular al cruel tirano. Tras la muerte de Domiciano en el año 96, procuró adaptarse al gusto del nuevo emperador, Nerva, moderando la adulación y empleando un lenguaje más puro; a éste le dedicó una antología de los libros X y XI, que no tuvo éxito.

Por ésta y otras razones, como la reacción antidomiciana de Nerva y Trajano, Marcial abandonó definitivamente Roma, de la que en el año 88 había salido ya una vez hacia la Galia Cisalpina. El poeta bilbilitano pasó los postreros años de su vida, desde el 98, en Hispania, junto a una rica amiga, Marcela, que le aseguró una existencia tranquila, distinta de la que esperara, pero no obstante acomodada, que le permitió componer el último de sus libros de epigramas. Murió hacia el año 104.

Integran la obra de Marcial el *Libro de los espectáculos*, ya citado, formado por treinta y tres composiciones que conmemoran la inauguración del anfiteatro de los Flavios; los *Xenia* o *Los dones de hospitalidad*, tarjetas enviadas a los clientes, junto con los regalos de los patronos, durante los Saturnales; los *Apophoreta* o *Los regalos de la mesa*, versos que se unían a los obsequios que, con igual ocasión, daba el anfitrión a sus invitados; y doce libros de *Epigramas* (*Epigrammata*), que con los anteriores suman quince, publicados espaciadamente.

Marcial quiso que su poesía tuviera por tema al hombre y fuera el espejo de la sociedad romana. Ajeno a los juicios generales y a la actitud del maestro de vida moral, este provinciano de Bilbilis, que se adaptó a la vida de la capital del Imperio sin aceptar sus concepciones y asimiló las enseñanzas de los clásicos de la literatura latina -singularmente de Ovidio, Catulo y los demás epigramáticos-, no quiso someterse a demasiados esquemas convencionales y supo contemplar a sus contemporáneos con una absoluta indiferencia, fomentada por el resentimiento y oculta por la adulación.

Poeta mendicante, conceptuado como parásito y holgazán, observador de la vida, con sus epigramas... Marcial pedía a los grandes protectores ayudas para no morir de hambre. Le gustaron las moradas señoriales, frecuentándolas sin recatar su ignorancia de las leyes de la buena educación, fingiendo olvidar las normas sociales y proclamándose rústico y zafio.

No conoció el hechizo femenino ni amó a otras mujeres que las cortesanas, pero no se jactó de ello sino que lo lamentó porque redundaba en menoscabo de su arte.

Se le acusa de haber sido un poeta cortesano, adulador sucesivamente de Tito, Domiciano y Nerva. Pero, por otro lado, nunca quiso erigirse en juez del prójimo ni se consideró a sí mismo libre de culpa. No sintió la misión satírica, con fundamento moral, del corrector de costumbres, pues no pidió a la sociedad otra cosa más que temas inagotables de risa y escarnio. Hay quien lo considera, en su versión de parásito de las mesas señoriales, una anticipación del juglar.

Plinio el Joven emitió un exacto juicio sobre Marcial: "Era un hombre de ingenio, agudo, sutil, que sabía perfectamente mezclar en sus escritos la sal y la hiel, no menos que el candor" (*Epístolas*, III, 21). Estas cualidades, plasmadas en un estilo perfecto y una versificación habilidosa, hacen de Marcial el poeta latino más original de la época de los Flavios, que pintó de mano maestra las costumbres y la corrupción de la sociedad romana de su tiempo.

Dio al epigrama la forma que entre nosotros ha quedado como definitiva; o sea la de una composición breve, en verso aunque a veces en prosa, incisiva, en la que se expresa un pensamiento festivo o satírico y rematada con un rasgo inesperado³.

Pero los griegos llamaban *epigramas* a inscripciones en verso, al principio épicas y luego elegíacas, que se grababan en las tumbas, las estatuas, los monumentos públicos o los exvotos. Safo, Arquíloco y Simónides fueron los maestros del género. Sin embargo, fue sobre todo a partir de la época alejandrina cuando floreció el epigrama; entonces ya no estaban destinados a los monumentos: eran idilios, elegías en pocos versos. Entre los poetas del género cabe mencionar a Leónidas de Tarento y a Meleagro de Gadara.

Los romanos también cultivaron el epigrama: muchos de ellos se encuentran en templos y monumentos funerarios. Catulo convirtió el epigrama en una corta sátira y Ausonio lo recargó con cierto preciosismo. Sin embargo, el verdadero renovador del género fue Marcial, que le dio su realismo pintoresco y su característica “punta” final.

A partir de él contó con otros muchos cultivadores en todas las épocas hasta nuestros días, sobresaliendo el papa San Dámaso en el siglo IV, el monje bizantino Teodoro Studion entre el VIII y el IX, el también bizantino Juan Mauropo o Mauropode en el XI, Jacopo Sannazaro, Teofilo Folengo y el humanista griego Miguel Marulo Tarcaniota entre los siglos XV y XVI, los germánicos Cristian Wernicke entre el XVII y el XVIII y Ephraim Lessing en este último, el italiano Filippo Pananti, el uruguayo Francisco Acuña de Figueroa y el gran Goethe entre los siglos XVIII y XIX y el francés Verlaine en la pasada centuria.

En cuanto a epigramistas de nuestra literatura, han sobresalido Francisco de la Torre y Álvarez Gato con las que se pueden considerar primeras muestras del género. En el Renacimiento, Castillejo, Hurtado de Mendoza y Baltasar del Alcázar. Posteriormente, Lope de Vega, Trillo de Figueroa, Miguel Moreno, Quevedo, Góngora, Rubén Darío y Díez Canedo entre otros.

Por lo que respecta a Marcial, ya hemos dicho que escribió quince libros que constan de unos 1.200 epigramas. El *Liber de spectaculis* (80), que hemos citado, es el último de la compilación. En el 84 aparecieron los *Xenia* y los *Apophoreta*, que constituyen los libros XIII y XIV de la colección. Del 86 al 96 salieron los primeros doce libros. En el 96 murió Domiciano y para adular a su sucesor, Nerva, a quien el undécimo libro, demasiado lascivo, no podía gustar, Marcial publicó en el año 102 el duodécimo, último en el orden del tiempo.

El humorismo triste, la melancolía romántica, la burla y la caricatura son sus notas personales. Su búsqueda es como una renovación de la de Diógenes: en lugar de descubrir verdaderas criaturas humanas no halló otra cosa que seres miserables y viles: avaros, disolutos, tramposos.

En dos epigramas de Marcial está Córdoba presente: en el 61 del libro I y en el 61 del libro IX.

El primero, *Elogio de poetas*, dice así:

³ Biografía de Marco Valerio Marcial, en el tomo II, *ib.*, págs. 785-786.

Verona docti syllabas amat vatis,
 Marone felix Mantua est,
 Censetur Aponi Livio suo tellus
 Stellaque nec Flacco minus,
 5 Apollodoro plaudit imbrifer Nilus,
 Nasone Paeligni sonant,
 Duosque Senecas Unicumque Lucanum
 Facunda loquitur Corduba,
 Gaudent iocosae Canio suo Gades,
 10 Emerita Deciano meo:
 Te, Liciniane, gloriabitur nostra
 Nec me tacebit Bilbilis.

(M. Valerius Martialis, I, 61).

La traducción, del Prof. Mellado Rodríguez, es la siguiente:

Elogio de poetas

Verona ama los versos de su docto vate,
 Con Marón es feliz Mantua,
 La tierra de Apono aprecia a su Livio,
 A Estela y no menos a Flaco.
 5 El lluvioso Nilo aplaude a Apolodoro,
 Los pelignos suenan por Nasón,
 Y de los dos Sénecas y el único Lucano
 Habla la elocuente Córdoba;
 De su Canio se alegra la jueguista Gades,
 10 Mérida con mi querido Deciano;
 De ti, Liciniano, se enorgullecerá nuestra
 Bílbilis, que tampoco callará de mí.

El poeta de Verona por antonomasia es Catulo; y el de Mantua, Virgilio Marón. La tierra de Apono son las tierras del Po. Los pelignos son los naturales de un territorio de la Italia antigua comprendido en el que ahora se llama de los Abruzos.

De los catorce poetas nombrados y elogiados, obsérvese que siete son de Hispania. Y de ellos, tres cordobeses y dos bilbilitanos.

Sirva este epigrama laudatorio, corona de vates y de patrias, de saludo a Bilbilis y abrazo de Corduba.

El segundo de los epigramas fue escrito así por el bilbilitano:

In Tartesiadis domus est notissima terris,
 Qua dives placidum Corduba Baetin amat,
 Vellera nativo pallent ubi flava metallo
 Et linit Hesperium brattea viva pecus.
 5 Aedibus in mediis totos amplexa penates

- Stat platanus densis Caesariana comis,
 Hospitis invicti posuit quam dextera felix,
 Coepit et ex illa crescere virga manu.
 Auctorem dominumque nemus sentire videtur;
 10 Sic viret et ramis sidera celsa petit.
 Saepe sub hac madidi luserunt arbore Fauni,
 Terruit et tacitam fistula sera domum;
 Dumque fugit solos nocturnum Pana per agros,
 Saepe sub hac latuit rustica fronde Dryas.
 15 Atque oluere lares commissatore Lyaeo,
 Crevit el effuso laetior umbra mero;
 Hesternisque rubens deiecta est herba coronis,
 Atque suas potuit dicere nemo rosas.
 O dilecta deis, o magni Caesaris arbor,
 20 Ne metuas ferrum sacrilegosque focos.
 Perpetuos sperare licet tibi frondis honores:
 Non Pompeianae te posuere manus.

(M. Valerius Martialis, IX, 61).

A. Ramírez de Verger y Juan Valverde dan la siguiente traducción:

Sobre un plátano de Córdoba plantado por Julio César

- Hay una mansión conocidísima en tierras tartesias,
 por la parte en que la rica Córdoba se solaza con el calmoso Betis,
 donde los rubios vellones cobran color por el mineral del lugar
 y vellocinos de oro recubren al ganado hesperio.
 5 En medio de la casa, abarcando toda la morada,
 se alza un plátano cesariano de tupida cabellera,
 al que plantó la próspera diestra del invicto huésped,
 y empezó a crecer como un brote de aquella mano.
 Su espesura parece que intuye a su creador y señor;
 10 así de lozano está y busca con sus ramas las excelsas estrellas.
 Más de una vez al pie de este árbol retozaron embriagados los faunos
 y una zampona sobresaltó a altas horas el silencio de la mansión;
 y mientras de noche huía de Pan por los campos solitarios,
 más de una vez una rústica dríade se ocultó al pie de estas hojas.
 15 Y el hogar exhaló el olor de las juergas de Lieo
 y la sombra creció más alegre con el correr del vino;
 la hierba está salpicada de rojo por las coronas del día anterior
 y nadie ha podido decir que las rosas sean tuyas.
 ¡Oh prenda de los dioses, oh árbol del gran César!
 20 No temas el hierro ni los fuegos sacrílegos.
 Puedes aguardar que los honores de tus hojas sean eternos:
 no te plantaron manos pompeyanas.

La estructura del poema es como sigue:

Vv. 1-4: situación de la casa.

Vv. 5-10: descripción del plátano, con alusiones a César.

Vv. 11-18: descripción de una fiesta campestre.

Vv. 19-22: apóstrofe final al árbol.

Es creencia generalizada que César, tras vencer a Pompeyo, plantó un plátano en Córdoba -ciudad que había permanecido fiel a este último hasta su derrota en la célebre batalla de Munda-, posiblemente en la huerta que hoy es el jardín del llamado Alcázar de los Reyes Cristianos, junto al Betis o Guadalquivir. A ello se refieren los cuatro primeros versos, con expresiones características de la Edad de Oro.

En los seis siguientes, Marcial describe el plátano, con frecuentes alusiones comparativas a César en grandeza: “abarcando toda la morada”, “de tupida cabellera”, “próspera diestra del invicto huésped”, “busca con sus ramas las excelsas estrellas”, etc.

Entre los versos 11 y 18 describe el poeta una típica “comissatio” o juerga campestre. Los faunos son los compañeros de Baco; Pan es el dios pastoril de la Arcadia e inventor de la zampoña; las dríades son las ninfas de los bosques, cuya vida duraba lo que la del árbol a que se suponía unida.

Los cuatro últimos versos son un apóstrofe al árbol, de nuevo en relación con César: “¡oh árbol del gran César!”, “que los honores de tus hojas sean eternos: / no te plantaron manos pompeyanas”. Al ser Julio César un dios (diuus Iulius), todo lo que había tocado era sagrado y, en consecuencia, constituía un sacrilegio atentar contra ello, mientras que Pompeyo no reunía esas cualidades.

Corduba encontró en Marco Valerio Marcial el cantor de su plátano cesarino desde la lejana metrópoli. Algo tendrían que ver en ello Séneca y Lucano, muy posiblemente.

Reciba Bilbilis, diecinueve siglos después, el agradecimiento de “la rica Córdoba que se solaza con el calmoso Betis”.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE MARCIAL

- RIBER, L.: *Un celtíbero en Roma: Marco Valerio Marcial*. Madrid, Espasa-Calpe, 1941.
- DOLÇ, M.: *Principios estéticos de Marcial*. Madrid, s.e., 1947.
- DOLÇ, M.: *Hispania y Marcial. Contribución al conocimiento de la España antigua*. Barcelona, C.S.I.C., 1953.
- RIBER, L.: *Marco Valerio Marcial*. Madrid, Aguilar, 1955.



Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales



Diputación de Córdoba